

La lucha por la estabilidad

José María Gervás

Admitir que 105 pesetas dentro de un año, 110 dentro de dos años, 115 después de tres años, y así sucesivamente, valen ahora cien, es lo mismo que decretar que ese dinero será un dinero en depreciación constante, por lo menos con una tendencia a la depreciación de 5 por 100 al año. He aquí la tesis que estoy sosteniendo en estos artículos.

Esta es una demostración que los lógicos llaman *ex-definitione*. No somos nosotros los que necesitamos demostrar nuestra tesis; son aquellos que nos contradigan a quienes incumbe probar cómo es posible que una moneda así definida pueda ser estable.

Podemos dar de nuestra tesis una representación gráfica muy sencilla, que ayudará a comprender las consecuencias de este fenómeno. Convengamos en que una línea horizontal (AB de la figura adjunta) representa el curso de una moneda estable. AC, línea descendente de izquierda a derecha, nos representará la línea de tendencia. BC, línea vertical, será proporcional al tanto medio de interés del dinero en la economía de que se trate.



Lo que sostengo es que una moneda cualquiera de las conocidas y que se defina como ellas, abandonada a su tendencia natural, ha de ser por fuerza una moneda devaluante por condición propia, una moneda que, de no ser intervenida, seguirá la línea AC, y para desviarse de ese curso, exigirá medidas enérgicas.

Considerada en abstracto la constante devaluación del dinero, es cosa sorprendente, porque el dinero tiene naturalmente una gran estabilidad. El público se inclina normalmente a creer que una peseta es siempre una peseta, y no una perra gorda. El hombre de la calle acepta espontáneamente que los precios han de ser estables, y sólo a la fuerza se convence de que no lo son. Cuando bajan o suben, sin causas específicas, surgen protestas de unos sectores o de otros, lo cual demuestra que sólo la constancia en el valor resulta satisfactoria para todos. Esto debiera dar una gran estabilidad al valor del dinero, y no es así. El que no lo sea, exige una explicación.

La estabilidad monetaria es una base de la estabilidad económica. Instintivamente todo el mundo, sabios e ignorantes, piensa que el ideal de una moneda es ser estable, por ser una medida, la medida de unas magnitudes que importan mucho en los negocios humanos, y toda medida ha de tener fijeza si ha de servir para algo. Cuando en las grandes inflaciones, el valor de la moneda llega a variar constantemente de un día al otro, el público la sustituye por cigarrillos, por café, por monedas exóticas, por algo con más fijeza que el dinero corriente. Sin saber por qué (y a veces creyendo saberlo) siente que esa estabilidad es deseable, y

si se trata de una autoridad financiera, se considera en el deber de emplear medios para conseguirla. Los resultados no pueden ser muy halagüeños en tanto se ignoren las causas de la inestabilidad.

Cuando una mercancía tiende a depreciarse, el medio corriente de evitarlo es disminuir su oferta y aumentar su demanda. Si el trigo manifiesta una depreciación tal, a través del tiempo, que por el mismo precio que costaba hace cuatro años un hectólitro de trigo, había que dar al año siguiente 105 litros, 110 litros hace dos años, 115 el año próximo pasado, 120 éste, y probablemente, 125 el año venidero, diríamos que el trigo se halla en franco proceso de depreciación. Y si quisiéramos corregir esto, tendríamos que restringir su cultivo, quizás quemar o tirar al mar parte del trigo existente, o hacer que compre el Estado, si posee suficiente potencia financiera, el trigo excedente, a un precio remunerador para el productor, con el fin de venderlo al exterior a bajo precio, a crédito o regalarlo. Todo esto se ha hecho en los Estados Unidos en los 35 años últimos, y en otras ocasiones con el café en el Brasil, y en lugares diversos con mercancías varias en años de abundancia. Cuando se destruye el exceso de oferta, el precio se repone.

En el caso del dinero hay que hacer lo mismo: restringir su cantidad, cosa fácil, puesto que se trata de una mercancía ficticia que se emite por un *fiat* del poder público; basta abstenerse de pronunciarlo para conseguir la escasez que se desee. Sólo que esto es algo más fácil de decir que de hacer, porque el dinero es el lubricante esencial de la economía. El en sí no es nada; puede ser un trozo de papel estampado por el Estado o por un banco oficial para garantizar su legitimidad, pero sin dinero los ejes de la economía se agarrotan. Sin dinero no se pueden comprar las cosas, no se pueden acometer las empresas. Producir..., se produce porque hay materias primas, porque hay brazos e inteligencias para llevar la producción adelante, porque hay conveniencias y oportunidades naturales propicias para ello, mas como el dinero no exista en cantidad suficiente, el trabajo se queda parado, las iniciativas ociosas, las tierras en baldío. El dinero no es nada en sí, pero la economía no marcha sin dinero. Tener menos dinero es tener menos capacidad para producir y menos posibilidades de comprar. Sin dinero, los negocios quiebran, los campos quedan en barbecho, los almacenes se atascan de géneros sin salida. Hay que detener la producción, y se presentan las trágicas perspectivas del hambre, de la miseria, del desorden y de la catástrofe.

Es aquí donde se halla el secreto de ese hecho paradójico, no sorprendente de puro usual, de la coexistencia de toda suerte de factores productivos en ocio con necesidades y deseos que la producción podría satisfacer y no satisface. Hay una ley agronómica según la cual la magnitud de una cosecha está dada en función únicamente del elemento esencial menos abundante en el terreno. Una ley semejante en Economía nos conduce a ver ese elemento más escaso en el dinero, lo cual no sería

un problema, dada la facilidad de crearlo en toda la medida necesaria si no existiese esa proclividad del dinero a desvalorizarse.

Los pueblos se encuentran ante un dilema: seguir la línea fácil de la inflación (la AC de nuestro gráfico), dejando que la circulación suba según su tendencia, o cerrar las espitas del abasto de dinero creando una escasez del medio circulatorio que garantice su encarecimiento e insuficiencia para desarrollar la producción en la medida de la capacidad y de las necesidades.

Los efectos de uno de los términos del dilema ya los hemos visto. El otro no ofrece mejores perspectivas. Dejar libre curso a la inflación no es sólo someterse a una devaluación constante del dinero, sino a una inflación progresiva que acaba en una ruina general. Al principio la producción se desarrola, los individuos hallan más facilidad en encontrar ocupación, el dinero corre, los precios suben moderadamente, la industria se expansiona y moderniza, los productores encuentran fácil salida para sus productos a precios remuneradores y se enriquecen. Mas pronto la marcha de la inflación se acelera, los precios suben más de prisa que el poder adquisitivo de la gran masa consumidora, el mercado se desarticula, el sistema económico muestra fallos insuperables, y el proceso hace crisis, para dar lugar a consecuencias parecidas y aun más

desastrosas, que las engendradas por la represión monetaria.

La mayoría de los economistas creen ahora que entre la depresión y la inflación encontrarán un punto intermedio de equilibrio en que será posible la prosperidad sin inflación y la estabilidad sin restricción. Mis deducciones muestran, por el contrario, que tal punto no existe. O se sigue la línea de estabilidad, a costa de muchos esfuerzos, o la devaluación secular, o alguna intermedia que no satisface a ninguna de las dos exigencias: la de una economía próspera en suave desarrollo, o la de una economía estable. Lo que se hace en la práctica es seguir a ciegas una línea irregularmente quebrada o sinuosa, unas veces acercándose hacia la línea de estabilidad monetaria (depresión) y otras acercándose a la de tendencia secular (auge relativo), hasta que la peligrosidad de la situación parece aconsejar un golpe de barra. Un punto de sana prosperidad no se alcanza nunca, un punto de desarrollo armónico de la economía, que sería también un punto de desarrollo armónico de la vida toda de los países. Las naciones se debaten constantemente entre Seylla y Caribdis, con peligro de estrellarse a cada instante contra uno u otro escollo, sin posibilidad visible de llegar a puerto.

Germán Bernácer